

# PIMIENTA

Por **María Maeda**

PALMA y su hermanito Iván salieron corriendo al patio para jugar.  
 -¡Oh! Oh! Mira lo que hay aquí -exclamó Palma. Los dos observaron un pichoncito acurrucado entre la hierba. El pichoncito no podía volar. Palma tomó de la mano a Iván y se dirigió hacia la casa.  
 -Tenemos que buscar a mamá. Ella sabe lo que tendremos que hacer con el pajarito -le dijo Palma a Iván.  
 Cuando los chicos le contaron a la mamá lo que habían visto en el patio, ésta los siguió hasta el lugar donde habían encontrado el pajarito. El pobre todavía estaba allí, piando lastimeramente.  
 -Tenemos que ponerlo de vuelta en su nido -dijo la madre, y mirando hacia el árbol, vio un nido en una rama baja-. ¿Dónde andarán sus padres?  
 La madre levantó al pichón y lo colocó en el nido, pero ni bien lo había dejado, el pajarito resbaló del nido y cayó de nuevo al suelo.  
 -Parece que eso no resulta -dijo la madre después de haber tratado por tercera vez de ponerlo en el nido-. A los padres debe haberles ocurrido algo.



¿Podemos guardarlo nosotros, mamá? -preguntó Palma.  
 -Veremos lo que podemos hacer. Sobre el banco de carpintero del sótano hay una jaulita. ¿Me la traerías? -preguntó la mamá a Palma.  
 -Sí. mamá, voy a buscarla.  
 Palma regresó muy pronto con la jaula y la mamá colocó al pichoncito en ella. Este abrió el pico y comenzó a piar desesperadamente.  
 -Tiene hambre -dijo Iván-. ¿Qué se le da de comer a un pichoncito?  
 -Este es un pichón de petirrojo -explicó la mamá-. Los petirrojos comen lombrices de tierra. ¿Dónde encontraremos suficientes lombrices para este pájaro? Estos días ha hecho tanto calor que las lombrices se han ido hondo donde la tierra está húmeda y fresca. De modo que será muy difícil encontrar suficientes lombrices para este bichito hambriento. Pero telefonearé al cuidador del zoológico para que nos diga con qué podemos alimentar a un pichón de petirrojo.  
 El cuidador del zoológico le explicó a la mamá lo que debía darle al pajarito. Cuando el pichón comió todo lo que le cabía, se durmió, pero muy pronto estaba pidiendo de nuevo alimento. A Palma le pareció que el pájaro nunca dejaba de comer.  
 Al día siguiente, de mañana muy tempranito cuando el sol estaba saliendo, Palma oyó que el pichón piaba emitiendo sonidos muy agudos. Se dio vuelta en la cama, soñolienta, y escondió la cabeza debajo de la almohada, pero todavía podía oírlo piar. Cada vez gritaba más fuerte hasta que todo el mundo se despertó. El pichón quería comer. Cuando comió todo lo que quería, hizo unos ruiditos extraños y luego quedó tranquilo hasta que volvió a tener hambre. Desde entonces los chicos cada noche cubrían la jaula y en esa forma el pájaro no veía la luz tan temprano de mañana y no comenzaba a gritar pidiendo alimento.  
 El petirrojo era tan vivaracho que lo llamaron Pimienta. A veces los niños lo dejaban salir de la jaula, y él recorría la casa a saltitos y jugaba con el cachorrito chihuahua de la familia. Cuando el perro se volvía muy rudo, el pájaro le picaba las orejas.  
 Cierta día Pimienta se metió en la jaula de los cobayos. Estos le mordisquearon las plumas de la cola. Al petirrojo le gustaba volar hasta el cerezo del vecino. Pero siempre volvía cuando la madre o los chicos lo llamaban. Un día la mamá lo llamó pero él no regresó. Los chicos se entristecieron. Lo llamaron repetidas veces pero el petirrojo no volvió. No obstante los chicos podían decir cuál de los petirrojos era Pimienta.

Pasó el verano, llegó el invierno, y siguió la primavera. La familia no había vuelto a ver a Pimienta desde hacía un buen tiempo. Cuando los petirrojos volvieron al vecindario, trataron de ubicar a Pimienta. Entonces cierto día llegó uno que parecía conocer a la familia. Se posó sobre una rama del árbol grande que había cerca de la casa y no huyó cuando la madre se acercó. Se bañaba en los charquitos de agua, cerca de donde los chicos estaban jugando. Cuando quiera que la madre o los niños lo llamaban: "Pimienta, Pimienta", el pájaro levantaba la cabeza y la inclinaba primero a un lado y luego al otro. Un día se posó sobre la baranda del porche. La mamá lo vio y lo llamó suavemente: "¡Pimienta!" El petirrojo levantó la cabeza y la inclinó primero a un lado y luego al otro y entonces caminó a saltitos hacia ella. Antes de llegar se detuvo y se quedó cerca como escuchando a la mamá que le hablaba. Muchas veces, a la tardecita, justamente antes de la puesta del sol, el petirrojo aparecía en el porche de atrás y llamaba suavemente. No parecía atemorizarse cuando toda la familia salía corriendo para verlo. "Buenas noches, Pimienta", solían decirle los niños. Entonces el petirrojo ensayaba algunos trinos como para agradecerles por haber cuidado de él, y volaba a su árbol donde él y la señora petirroja se encargaban de cuidar una nidada de pichones.